

MICHEL, MICHEL,
MICHEL

A mis padres, por supuesto.

A mi hermana Nuria.

A Yesenia, flor en mano.

Empezaba a no poder más. El partido estaba empatado y, si eso seguía así, no sería lo mismo estrecharles la mano. Caía la tarde en nuestro estadio y el cielo, poco a poco, se fue oscureciendo. Mientras tanto yo estaba cansado, tan cansado que barría el césped con la lengua. La cabeza me pesaba de tanto cansancio. Los piés me pesaban más que la cabeza. Os juro que empezaba a no poder más, no podía estar más cansado. Pero bueno, ese era mi trabajo. Yo era futbolista y del gran mejor equipo. Y aunque, poco a poco, consumía mi energía, llegaría hasta el final de mis actos. Uno debía ser futbolista. A las duras y a las maduras. El Valladolid o Barça, daba igual, había que comérselos enteros.

El Real Madrid, un equipo inimitable, un valor incalculable y una paciencia inhumana. Porque había que tener una paciencia inhumana y dar en los partidos lo mejor de uno mismo. Póngase como ejemplo la cantidad de títulos, la razonable reputación que con ellos ganaba. Por eso las estrellas no las podía contar, había habido demasiadas estrellas en el Madrid. No es prepotencia, es la pura verdad. Lo bueno sería que les ganáramos a todos. Por eso lo mejor era regresar de las nubes y centrarme en el partido.

Decía que, a la hora en que se levanta el estadio, yo estaba un poco distraído del partido. Me sentía indefenso ante un Valladolid, que si os digo la verdad, ya no daba tanta risa. Decía que yo estaba un poco distraído, y un poco más y me extravió del campo. Pero ¿qué era lo que me mantenía en las nubes, sin poder bajar a los humanos?...

Por un momento el viento tomó voz y decidí centrarme en el juego. Así que volviéndome a hablar en privado, decidí no pasar adelante con el empate. Empecé a ganarle corriendo a mi sombra y tenía la sensación de extraviarme del campo. Empecé a hundirme en el juego y estaba tan clavado como el banderín del corner. Así que me olvidé de la prepotencia y me alejé de todo mal pensamiento.

Ante todo, juego limpio. Ese era el lema. Pero el lema también era que había que ganar. Así que embobarme con apriorismos de que el Madrid era el mejor, me parecía una mala idea. *“Hay que ir a por todas”* –me dije– *“No*

estamos aquí para pasárnoslas a flores". Y, así, empecé a dar espectáculo, porque el partido era tan grande como el sueño. Me refería al sueño de un equipo cuando, por un momento, pitaron un corner a nuestro favor. Y yo me fui, tan sencillo de corazón, a ver si podía meter un gol. Me puse al lado de un jugador y luego al lado de otro. Intentando penetrar el balón en alma grande y proclamando que podía ser posible ese gol. Cuando por instante, me puse al lado de Valderrama y ocurrió lo que ocurrió...

En efecto, ocurrió lo que ocurrió. Ni yo mismo, ese día, conseguí explicármelo. No era gay, pero ocurrió lo que os digo. Simplemente unas manos invisibles, pero ciertas...

Así es, le toqué los conguitos al jugador. Me refiero a Valderrama, el del pelo a lo afro. No sé por qué lo hice. Fue un instinto raro. Algo quizás que formaba parte de mi inconsciente. Por un instante me sentí avergonzado. Desnudo como mi madre me trajo al mundo. Desnudo como el viento de aquella tarde, en aquella hora difícil para mí. Se me cayó el cielo encima cuando la gente empezó a pitarme. Cuando la gente empezó a pensar en los laberintos del corazón. Pero, en fin, debía seguir con el partido, que era lo que tenía entre manos.

Mi rival continuaba siendo mi rival. Y no se había convertido en mi novio. Su observación me miraba tan atentamente que, si os digo la verdad, me sentía incómodo. Ardía mi cara al rojo vivo por pensar en lo que había pasado, pero, si bien quería hacer algo bueno, lo mejor era olvidarlo. Uno trataba de hacer una gracia y le salía el tiro por la culata. Así que me fui muy pronto del área y empecé a verlo bajo un cielo más claro. Porque, claro, el partido lo tenía que ganar. Por mí, por la afición, por el Madridismo en general. Y por eso decidí recurrir a los atajos, a los espacios que dejaban los jugadores rivales.

Cero a cero, decía el marcador. Pero había que ganar como fuera. Y así fue como iniciamos la recuperación psicológica, en aquel acto dudoso de la tarde. En efecto, cero a cero, y levantando el pecho a cielo. Orgulloso de ser del mejor equipo. Del equipo de muchos. Del blanco. De ese equipo que encontraba satisfacción en lo que hacía. Que encontraba satisfacción en la

afición entregada. De momento, proporcionándonos facilidades. Contábamos con historias memorables, de este Madrid de las estrellas.

La cuestión es, como os digo, un valor incalculable. Había recuperado el buen humor de antes y ahora mis padres me animaban desde la grada e iba por el campo como los pájaros por el aire. En fin, que todo marchaba bien, excepto ese pequeño incidente sin importancia. Imposible encontrar una cara más sombría, que cuando a uno le suceden esas cosas.

Bueno, en fin, no pasaba nada. Seguiría insistiendo en mi camino indeciso. Así era la indecisión del futbolista, la insistencia de estar a mitad de camino. El lento trabajo de un gol que no llegaba. Y si llegaba, ya veríamos cuándo. Al final, seguro que no ganaba: nunca me dejaría el pelo suelto al infinito...Pero en mis ojos aun brillaba la esperanza. Aun mantenía el sueño despierto. Y aunque seguía un poco dormido en los laureles, enseguida me espabilé para alcanzar mi sueño.

Así fue como decidí pasar a la acción. Subí de por banda y me colé entre los defensas. Pasé el balón a uno a pecho descubierto y, este, a otro al tiempo que anochecía. Hicimos una jugada, de estas memorables, a pesar de estar en una noche sin luna. Entonces chutamos con fuerza y ¡pum!, ahí estaba: el gol de la victoria. “¡Gol!” –gritaba la gente– “¡Urra!” –seguía desde la grada–. Y, así, todavía cercanos del estadio, conseguimos olvidar por un momento a Valderrama.

Pasaban los minutos en aquel estadio y la luz reposaba en el aire distraído. Tanto fue así que, en unos minutos, ya se habían olvidado de lo de Valderrama. En realidad, poco importaba lo que había pasado: estábamos ganando y punto. Lo digo porque a mí, lo que realmente me importaba, era las muchas pulsaciones de los míos. El amor para mí tenía pocas pulsaciones. En cambio, el fútbol tenía muchas. A mí lo que me iba era lo de esforzarme, lo de darlo todo en el campo. Repito, darlo todo en el campo. No quería dejarme nada. Y no me iba contento a casa si no me entregaba al cielo. Para eso me pagaban, para vivir según la expresión de mi esfuerzo: un rosotro de entrega al Madrid que no podía tener ningún precio.

No había ninguna duda en la verdad. Lo sabía hasta el hombre más falso (Valderrama). Y cuando acabó el partido, no me dio ningún beso, ni siquiera se molestó en darme la mano... Valderrama se fue disgustado al vestuario, sin mediar palabra. Y, algunos, hasta dijeron que yo había hecho eso para provocarle. Pero no era cierto que yo hubiera hecho eso para que él me pegara. Pero, bueno, en este mundo siempre hay celosos que no saben perder al final del partido.

No había ninguna duda en la verdad. Todo eso no eran más que celos. En fin, como dice el viejo proverbio, el que no sabe perder, no sabe ganar...

Y nosotros nos marchamos alegros de la vida. Nos marchamos con conciencia antes bien tranquila. La gente animando. El sueño despierto. La luz que rebosaba en aquel nuestro estadio. Todo lo que antes había sido malentendido, ahora se estaba calmando los nervios. Y nos tiramos en el césped. Y consagramos la victoria. Y entre los dedos teníamos como fragmentos de jardín. Todo era alegría en aquel nuestro estadio porque el soñar no era obra exclusiva de la cama. Estábamos despiertos, más despiertos que nunca, yo diría que éramos unos despiertos.

Intenté una vez más darle la mano a Valderrama, pero no me la quiso dar. Y la verdad es que no me sentó nada bien. Pero tampoco nada mal. Nada importaba en ese instante. Solamente el orgullo de ser Madridista. Porque si no se es Madridista no se es nada... Había superado los sueños de los niños. Los sueños que yo tenía cuando era un niño. Que no era otro que el de jugar en el Madrid, el equipo más prestigioso del mundo. Y nos reímos del partido. Y nos acordamos de Valderrama como una anécdota que nunca olvidaríamos. Ya veríamos cómo quedaba la liga. De momento encontramos nuestra risa divertida. Recorrimos el pasillo, seguidos de un refresco y caímos felices en el agua.

Porque amamos el fútbol y nos une el amor. El amor de correr tras un balón como tontos. ¡Ya ves que tontería tan importante!... Izemos la bandera del Madrid a las estrellas.